

PARECERES

MAÑACH Y SU APTITUD CRÍTICA

Por Arturo Alfonso Roselló

I NVOLUNTARIOS conflictos de la geometría tipográfica retrasan este comentario somero al profundo y bello examen que hizo nuestro Jorge Mañach del "choteo criollo". Ciertamente es hora de ir admitiendo y jerarquizando la incorporación a nuestra cultura de ciertos valores juveniles que enfocan el lastre del pasado con óptica nueva y que discernen, en presencia de los fenómenos vernáculos, con el desinterés, con la independencia y con la probidad a que no nos tenían habituados los pensadores, ensayistas y grandilocuentes de oficio que en nuestra isla incomparable han venido ejerciendo el sombrío apostolado del lugar común y del énfasis hueco. La improvisación, la actitud apócrifa, la ausencia de energía concentrada, la desaprensiva intrepidez que imperaron aquí durante cinco lustros de glosas a lo anecdótico y a lo enciclopédico, la eliminación de todo rigor científico, las intormaciones de una cultura retrasada que citaba literariamente a Baudelaire como un modelo contemporáneo cuando ya Europa había olvidado sus morbosos éxtasis y sus oscuros simbolismos, ha sido barrido, como por un gran viento renovador que higieniza el ambiente, por la curiosidad bien despierta y el generoso ímpetu creador, bien orientado, de esta falange en que Mañach milita, acaso como el entendimiento más medular, y la pericia crítica más apta para los maduros ensayos.

No cuento, de fijo, en esas filas de vanguardia, algunas de cuyas actitudes he impugnado con la lealtad de mi espíritu sin dobleces. A Mañach, particularmente, no debo sino cierto pronunciamiento crítico rigurosamente adverso a mi primera y ¡ay!, ruburosa recopilación poética, de tal modo agresivo, que lo apostrofó todo, continente y contenido, desde el título, que lo hallara simplista y sin enviar, como el de Ramón Rubiera, un "disparo certero hacia un simbolismo novedoso", hasta la técnica formal "de hallazgos verbales" pero sin responder a las apetencias de la hora. No pueden, pues, los perspicaces, sorprender en mi estimativa entusiasta de la personalidad de Jorge Mañach ningún reconocimiento pretérito ni mucho menos solidaridad litúrgica de filiación o correspondencia a un mutualismo de clase. Pero se está acentuando una ondeante y oblicua corriente de hostilidad hacia el conferencista, que, como todas las negaciones de campanario, se inicia de un modo tímido, aventurando discrepancias que quieren ser útiles y apenas son rencorosas erupciones de la impotencia, y que alcanza ya, aisladamente, aquella forma de impugnación soez que quiere reducir a un combate de injurias lo que debiera reducirse a una esgrima de ideas.

Jorge Mañach es, dentro de la limitación cronológica de su esfuerzo, una de las inteligencias que más fecundamente han abonado la cultura cubana. Todos sus alientos creadores acusan una personalidad robusta y plena. Nadie, antes que él, disertó entre nosotros desde una tribuna, abordando temas originales, con la ponderación, con la pulcritud, con el escrúpulo consciente y con la preocupación pareja de lo perdurable y de lo bello. Sus conferencias no han sido el producto de una especulación en torno de un tema. El tema ha sido siempre en él desenvuelto por una necesidad artística, moral y posiblemente biológica de exposición, como consecuencia de un especular previo que organizara postulados verídicos. Su disciplina mental, ejerciendo el análisis de nuestros fenómenos ambientes, la ha dictado, creo yo, aquella su disertación nobilísima sobre la crisis de la alta cultura cubana, que es el alerta más juicioso lanzado sobre nuestra pasividad inerte, y ésta de hoy sobre el choteo del trópico en que mostró más fina y certeramente su dominio, su penetrante lucidez y aquel raro tributo del método que aplicado a las proyecciones de un tema, abarca sus más lejanas perspectivas, y lo deja sin un matiz virginal, por huidizo que sea, no enfocado y diseccionado por su peculiar enjuiciamiento.

La conferencia de Mañach sobre el choteo cubano, aparte sus implicaciones de aporte crítico y de esfuerzo profiláctico en torno a la psicología colectiva, tiene, para mí,—con rubor lo confieso, tan meridional en mi devoción a la forma,—el mérito de su impecable confección. No cometeré la falacia de llamar al compañero "estilista". Pero para mi predilección un poco voluptuosa del color y del ritmo, hallo en la prosa de Mañach una depuración que está lejana de la anarquía y de la anquilosis, una ausencia de elisés verbales, de giros manidos, de adjetivación frondosa y de todo elemento ornamental e inútil que empañe o deforme la desnudez de la visión crítica... No reconocer en él a uno de nuestros valores auténticos y quizás si al más representativo de la hora presente, es empeñarse en ejercer, en esta hora en que la sinceridad es una fuerza, la debilidad de una negativa apócrifa.

No quiere esto decir, y la advertencia es obvia, que aplauda y solidarice, en la conferencia de Mañach sobre el choteo, todos los postulados que ella mantiene y todas las definiciones que ella formula. Sobre muchas de ellas apropio un parecer antagónico, mucho más benévolo y más consecuente con las evidencias de la Historia, y quien sabe si alguna vez, no desde la tribuna de la Hispano-Cubana, que es sitio no adecuado a mis alientos, pero sí desde cualquiera otro mirador más humilde proyecte mis discrepancias no profundas, porque ese gesto no me es habitual, pero sí envueltas en aquella dorada niebla de la ironía, en que nos refugiamos, aún para las más arduas empresas, quienes descendimos del entusiasmo humeante que dan los años mozos al escepticismo sin petulancia que es el reducto de los que se confiesan vencidos.

En mí, loado sea Dios, el vencimiento no se traduce en sonrisitas amarillas. Sino apenas en el aplauso gozoso ante el mérito ajeno que logró culminar sus conquistas. Y es que veo en Mañach, y en otros colegas suyos de bravura, la reserva de energías que a nosotros, los que le precedimos, nos faltó para la impulsación, y es honrado y generoso que les dejemos hacer ahora lo que nosotros no pudimos o no intentamos hacer en la oportunidad que era nuestra.

Ferraldó, Oct 12/28



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA